

DAOIZ Y VELARDE.

El excelente grupo en mármol, cuya copia tiene á la vista el lector, se admiraba antes en la galería de escultura del Museo de Madrid, y se halla en la actualidad en el Parterre del Retiro.

Está ejecutado en mármol de Carrara, por don Antonio Solá, que tuvo que luchar en su composición con el inconveniente de los trages contemporáneos, que tan poco se prestan á la nobleza y magestad que pide la escultura. Las figuras están llenas de energía y espresion, y el grupo no carece de magestad y de elegancia.

Cuando á la conclusion de la guerra civil se trató de emprender algunas mejoras en el sitio del Buen Retiro, casi del todo abandonado en su parte pública, pues los pocos jornaleros que se contaban en él, escasamente podian atender á la conservacion de lo mas perentorio, y siendo en 1841 intendente general de la Real casa don Martin de los Herós, se reconoció la necesidad de hacer digna de la córte la posesion del Buen Retiro. A este fin se procedió á la plantacion de árboles y arbustos análogos al terreno, y á la restauracion del Parterre, completamente destruido á la sazón. En el centro se levantó un pedestal con destino á sostener la estatua ecuestre de Felipe IV, que entonces se encontraba en lo reservado del Retiro: mas despues de haberla puesto en el sitio que hoy ocupa en la plaza de Oriente, se pensó colocar en su lugar la de Felipe III, que estaba en los jardines de la Casa de Campo; finalmente, no habiendo tampoco tenido lugar la realizacion de este pensamiento, por haber resuelto colocar di-

cha estatua en la plaza de la Constitucion, se resolvió aprovechar el pedestal construido en el Parterre para poner el famoso grupo de que nos ocupamos, por mas que el citado pedestal, labrado con distinto objeto, se hallara muy lejos de corresponder, ni por sus proporciones, ni por su forma, al bello grupo que descansa sobre él; hallándose privado de toda su gallardía por la posicion que ocupa en un punto muy elevado, y por la compañía de las estatuas colosales de reyes que se hallan á los lados, y que ni por su tamaño ni por lo que representan se hallan bien en aquel sitio.

Lo mismo puede decirse del grupo de Daoiz y Velardé, quienes en vez de aparecer como defensores de la poblacion, tienen, colocados en aquel sitio y mirando á Madrid en aptitud amenazadora, el aspecto de conquistadores mas bien que de otra cosa.

De la construccion de armas de fuego en Madrid, desde su origen.

(Conclusion).

Habiendo averiguado por esperiencias repetidas, que el hierro de las herraduras de Vizcaya era el mas dulce de toda la Europa, y que por consiguiente debia ser el mas apropiado para construir los cañones, respecto á que lo

agrio y escabroso del nuevo, que hasta entonces se empleaba, era el vicio capital de que adolecían, escogió una porción de dichas herraduras después de bien batidas á los pies de los caballos, y forjando un cañon con ellas, no solo consiguió que saliese tan limpio y sólido como lo deseaba, sino que resistió sin la menor alteracion cuantas pruebas se hicieron con él: gozoso con este importante descubrimiento, principió á publicarlo, y aunque los ignorantes ó envidiosos le murmuraron á causa de la novedad que introducia, á todos despreció con discrecion (1), siguiendo su plan constantemente.

Desengañados finalmente los arcabuceros, siguieron las pisadas de Nicolás, comprando cantidad de herraduras viejas, que llevaban á labar de la tierra que tienen pegada, y se introduce en los agujeros de los clavos, al rio Manzanares; cuya precaucion tomaban no solo con este fin, sino principalmente con el de conocer la calidad del hierro, pues hay algunas herraduras, que por no ser vizcaínas, le tienen mas agrio y quebradizo, y una sola sobra para inutilizar un cañon entero.

Adoptado desde entonces en Madrid el método de no forjar sino con herraduras, se ejecuta en la forma siguiente: escóljese para cada cañon regular dos arrobas de las mejores, y de ellas se hacen cinco partes; la primera debe pesar catorce libras, doce la segunda y las tres restantes ocho cada una; así divididas, se toma el primer monton, esto es, el que pesa las catorce libras, y metiéndolo en la fragua, se bate y una hasta ponerlo en figura de una pala; pero para cortar y atravesar la beta del hierro, se le da un corte con la tajadera á tres dedos de la punta, y doblando esta parte sobre la otra, se caldea viva y fuertemente; cuya operacion se repite tres ó cuatro veces, caldeando siempre del mismo modo, hasta que el trozo que figuraba pala, queda hecho un ladrillo: es preciso tener gran cuidado de sacudir el trozo cada vez que se dobla, á fin de que caiga la escoria ó escoria que era siempre que se calienta; pues si se quedase alguna en medio del doblez al tiempo de unirse ó soldarse, podria tener el cañon resultas muy desagradables; puesto en figura de ladrillo, se dobla en caliente, solapando las orillas, esto es, poniendo la una encima de la otra, y metiendo dentro del hueco una broca ó alma de hierro bien ajustada, con la cual queda hecho un cañuto ó barquillo, y lo mismo todos los restantes; dispuestos en esta forma, se principia el cañon tomando el primer trozo, quiero decir, el que pesaba en bruto las catorce libras, que debe ser el de la recámara, y metiéndolo en la fragua, se pega á un cañon viejo para manejarlo; despues se ensancha por la punta á manera de embudo el segundo ó de mas peso y se une al primero, y así los tres restantes sucesivamente, segun la longitud que quiera dársele: bien entendido, que á cada barquillo ó trozo, para que quede perfecto, se le deben dar treinta y dos caldas por lo menos, y de este modo saldrá el cañon de la fragua con toda su figura y achavas, y del peso de cinco libras poco mas ó menos, pues rara vez llega á seis, respecto á qua, para que se logre la solidez y firmeza que se necesita, debe comerse el fuego en la fragua las cuarenta y cuatro libras que faltan para completar las dos arrobas que se juntaron al principiar la operacion; despues de concluida, segun queda dicho en la fragua, entra la bartená y cuñas, y luego la lima, con la cual se deja del peso que gusta el que lo mandó hacer, pues algunos los quieren muy ligeros, y otros no; y como esto no es esencial, debe el artifice sujetarse á complacer en ello á los compradores.

Este es el secreto que han descubierto, y conservan los arcabuceros de Madrid, para conseguir que ninguno de tantos cañones se han probado á competencia con los suyos, les haya escedido en el alcance ni en la resistencia; y la razon por qué los sujetos que los usan y conocen esta ventaja inapreciable, los prefieren á todos los demas; tal

es la confianza que ha producido la opinion fundada en la experiencia de casi todo un siglo.

A fines del siglo quince, y principios del diez y seis, época del nacimiento de los gloriosos príncipes Francisco I de Francia y Carlos V, rey de España y emperador de Alemania, se inventaron los arcabuces ó armas de fuego, y aunque se mantuvo largo tiempo el uso de la ballesta, hizo no obstante progresos tan rápidos el nuevo descubrimiento, que no solo se sirvieron de él en tiempo de paz, sino que lo adoptaron prontamente para la guerra, puesto que en la batalla de Rabena, dada en 1332 por los españoles, habia en su ejército muchos arcabuces; y en la retirada de Rebec en 1324, fué muerto de un tiro el general Bayard; siendo digno de admirar, que apenas se encontrará otra ninguna invencion, por útil é importante que fuese para el género humano, que en menos tiempo haya logrado mas universal aceptacion.

Adoptado su uso en Europa, conociendo Carlos V que la España abundaba de materiales esquisitos, para que prosperasen en ella las fábricas de armas de fuego establecidas ya en Alemania, hizo que pasasen á la corte dos maestros armeros, que sin duda serian los dos mejores de aquel imperio, llamados Simon Marcuarte y Pedro Maese; el primero era mas bien conocido por Simon de Hocés, á causa de que su marca eran dos Hocés: el segundo ponía tres para distinguirlas.

Simon Marcuarte enseñó á sus dos hijos Felipe y Simon, los cuales siguieron á su padre en poner las dos hocés por marca, con sus respectivos nombres.

Felipe enseñó á Laguisamo y á Andrés Herraéz; el primero se estableció en Sevilla, y puso por marca dos javalies; y el segundo en Cuenca, poniendo por marca una águila, la que estampaba tambien en las espadas que fabricó de bastante estimacion.

A Simon Marcuarte, que fué arcabucero de los señores reyes don Felipe II y III, se debe la invencion de las llaves de patilla, que hoy llamamos á la española; hasta entonces solo se conocian las de rueda, y sin embargo de haber sido apreciable el invento de estas, porque antes de él se disparaban los arcabuces con mecha, sostenidos de una horquilla, mucho mas deba de serlo el de Simon, con el cual se deslerraron las de rueda, que sobre ser mas perezosas, no dejaban asegurar tanto los tiros, lo que no sucede con las de patilla; por cuyas ventajas, aunque se han mejorado mucho así en el pulimento y ligereza, como en los demas accidentes, jamás se extinguirán en lo sustancial.

Este enseñó cuatro discípulos, tres de los cuales se establecieron en diversas partes del reino, y el cuarto se quedó en Madrid.

Los que salieron han sido Pedro Muñoz, que se situó en Sevilla, y ponía por marca una P. Juan de Mejola, fabricante tambien en Sevilla, que ponía su nombre, y Francisco Hernandez, que trabajó en Córdoba, y ponía como el antecedente, su nombre por marca.

El que se quedó en Madrid fué Juan Salado, que adelantó bastante, pues ha sido el primero que enderezó los cañones á cuerda, y que puso contramarca, la que era un caballo ademas de su nombre.

De su escuela salieron Pedro Palacios, que se estableció en Sorio, y ponía por marca dos P.P. Cristobal de Riela, que ha sido fabricante en Aragón, y ponía por marca una X., y Juan Sanchez de Mirueña, que habiendo sido llamado de Salamanca á esta corte por el señor infante don Fernando, sobrepusó á todos sus antecesores, y fué el primero que forjó los cañones á brazos; ponía por marca su nombre, y por contramarca un leon.

Su discípulo Gaspar Fernandez, llamado tambien á la corte por orden de dicho señor infante, escedió ventajosamente á su maestro, y sus cañones eran mucho mas estimados que todos los construidos hasta entonces; ha sido bastante general, y fabricaba las llaves de patilla con mas arte que todos sus antecesores. Adelantó lo que ha podido, ayudado de la proteccion del señor infante, que le estimulaba á buscar la perfeccion, y si los actuales se han acercado mas á ella, se debe en parte al espresado Fernandez; ponía su nombre por marca, y por contramarca un caballo.

Este artifice sacó dos discípulos, que fueron Domingo Garcia y Juan Belen.

Domingo Garcia ponía por contramarca un leon con la mano izquierda levantada, los punzones como su maestro, y sin cruz encima, y aunque hizo pocos progresos en el ar-

(1) Para manifestarles cuán satisfecho estaba de su descubrimiento, les contestó diciendo:

Yo, que la sacra diestra
Armé de acero con mi llave maestra.
Fiado en mis aciertos
Del orbe abrí las puertas y los Puertos,
Pues todas las naciones
Admiran el primer de mis cañones
Comptando la hermenia,
Que fué carbon y callos de herradura.

te de arcabucero, fué laudable por los templos que daba á los cuchillos de monte, cortaplumas y canavetes, á los cuales ponía por marca el mismo puñon que á los cañones.

Contemporáneo suyo fué el famoso cuchillero Angel Horbexra, conocido solo por el Borgoñon, que sin embargo de no haber sido arcabucero, es acreedor á que se haga memoria de él en esta obra por su extraordinaria habilidad: era gallego, y habiendo en su corta edad pasado á la ciudad de Naur en Flandes, aprendió el oficio con tanta perfección, que viéndose sin igual en el conocimiento de los templos, volvió á España, puso su tienda en la calle de San Benito, y sus obras son tocetas mas estimadas y deseadas que las de Domingo Garcia: ponía por marca una cruz cuadrada, murió en esta corte, y está enterrado en San Martín.

Juan Belén superó con mucho exceso al espesado Gaspar Fernandez, su maestro. Fué nombrado arcabucero del Rey Don Carlos II en el año de 1694, y murió en el de 91; ponía por contramarca un unicornio mirando á la izquierda, en accion de clavar el asta en un árbol. Sacó los tres discípulos siguientes: Nicolás Bis, Alonso Martínez y Luis Santos.

Nicolás Bis, de nación alemán, fué nombrado por muerte de su maestro arcabucero de dicho monarca Don Carlos II en el año de 1691, y continuó sirviendo al Rey Don Felipe V hasta el de 1726, en que falleció. A este artifice se debió el laudable invento de los cañones de callos de herradura, que le hace digno de perpétua memoria, á vista de ser los de esta especie, sin la menor duda, los mas sólidos y apreciables por todas las circunstancias, con la particularidad de que una herradura mala mezclada con las mitchas que embebe un cañon, es suficiente para malearlo. La contramarca es un mundo con su cruz, y á los lados dos flores de lis, de las cuales está pendiente una cadena.

Muchos están persuadidos á que este Nicolás vino de Francia de orden del referido monarca don Felipe V.; pero están equivocados, pues ha sido Miguel Montargis, que no hizo obra ninguna, y solo servía de limpiar y cuidar las escopetas en el cuarto del rey, siguiendo á S. M. en las campañas, en donde recibió dos heridas. Disfrutó el sueldo de arcabucero de S. M., que era de cuarenta escudos al mes, de á diez reales de vellon cada uno, que componen 4800 reales anuales; sirvió este encargo desde el año de 4 hasta el de 1733, en que falleció.

Alonso Martínez trabajó con mucho primor á competencia con el espesado Bis. Su genio fogoso y activo no solo le llevó al extremo de forjar un cañon de clavos de herradura (lo que ninguno imitó hasta ahora por el sumo costo é improbo trabajo), sino al de marcharse á Portugal, en donde el rey don Juan le nombró para arcabucero suyo; pero viendo que no le probaba aquel pais, pasó á Cataluña, en donde lo prendieron con varios partidarios que tenían pena capital: los condujeron á Barcelona, y puestos en capilla, conoció Martínez por un oficial militar, nombrado Garrido, que estaba de guardia, y le había tratado en Madrid, dió este parte al capitán general, que lo era el príncipe Pio; y hallándose precisamente este escelentísimo con obras del mismo Martínez, que apreciaba mucho, pesaroso de que semejante habilidad pereciese, le libertó, y mandó fuese á trabajar á casa del arcabucero Pedro Esteban, en donde permaneció hasta que le confirieron la plaza de maestro mayor de armas de Mallorca, en la que murió: sus obras en todas partes fueron de igual mérito y grande estimacion; y si Pedro Esteban fué el mejor artifice de Cataluña, lo debió á Martínez: ponía este por contramarca un perdigueromirando á la derecha, con la mano izquierda levantada.

Luis Santos, aunque ha sido buen arcabucero, como se deduce de el hecho de incluirle en la lista de los de mayor estimacion, no son de tanta sus obras, como la de sus discípulos: murió en Madrid en 27 de abril de 1724, puso por contramarca un leon rapante.

Nicolás Bis sacó un solo discípulo, que fué Matías Baeza.

Este ha sido nombrado arcabucero del Rey Don Felipe V en el año de 1739: puso por contramarca un delfin con una estrella en medio de nubes, y dos aves volando.

Alonso Martínez sacó los tres discípulos siguientes: Diego Esquivel, Juan Fernandez y Diego Ventura.

Diego Esquivel fué muy primoroso en sus obras y aun

en sus costumbres, pues murió en buena opinion: sucedió su muerte en 26 de enero de 1732: ponía por contramarca un venado en ademan de correr, mirando á la izquierda.

Juan Fernandez fué nombrado arcabucero del rey don Felipe V en el año de 1726: puso por contramarca una águila con un cetro y flor de lis.

Diego Ventura, siendo de edad muy avanzada, fué nombrado arcabucero del rey don Carlos III (que está en gloria) en el año de 1760, y murió en el de 62: puso por contramarca un perdigero, como su maestro Martínez.

Luis Santos sacó un discípulo, que fué su hijo Juan Santos.

Los cañones de este artifice no desmerecen en punto á la solidez, pero la emulacion les hizo decaer de su debido aprecio: puso por contramarca un leon en dos pies, y una flor de lis en la mano derecha.

Matías Baeza sacó los tres discípulos siguientes: Francisco Bis, Ignacio Barcina y Sebastian Santos.

Francisco Bis fué nombrado arcabucero del rey don Felipe V en el año de 1740, y murió en el de 65; este fué hijo de Baeza, y nieto de Nicolás Bis: ponía el apellido de su abuelo por la fama de este; pero para diferenciarse usó la distinta contramarca de dos mundos, con una flor de lis en medio, y una corona encima.

Ignacio Barcina puso por contramarca una águila con dos cabezas, una corona encima, y á los lados el cetro y la espada.

Sebastian Santos fué elegido arcabucero del rey don Fernando VI en el año de 1762, y murió en 62: su contramarca un leon coronado con un mundo y cetro en la mano derecha.

Diego Esquivel sacó un discípulo, que fué Gabriel Agórra.

Este ha sido nombrado arcabucero del Rey Don Fernando el VI en 1749, y murió en 61; su contramarca un venado corriendo, y mirando al contrario del que puso en la suya su maestro Esquivel, y en el ángulo superior á la izquierda una A.

Juan Fernandez sacó los discípulos siguientes: Manuel Sutil, José Cano, Joaquin Celaya y José Lopez.

Manuel Sutil, bien digno de este apellido por la sutileza de su ingenio, trabajó en Madrid de arcabucero por algun tiempo, y se trasladó á Astorga, en donde murió. Sus obras tan apreciables como deseadas y buscadas, no padecieron variedad con la mutacion de clima, aguas, etc., tuvo ejemplo, y el referido de Alonso Martínez, son pruebas incontrastables de que en la verdadera maestria de preparar y organizar los cañones consiste solo su bondad. La contramarca de este artifice un leon desgajando una rama sin hojas, y á la parte opuesta un mico con cola dilatada.

José Cano fué nombrado arcabucero honorario, y en propiedad del rey don Felipe V en el año de 1740, y murió en el de 64, sus obras contienen el mérito que su universal estimacion publica, y su habilidad y gusto no se limitaron al arte de arcabucero, segun manifiesta el ejemplar siguiente.

Habiéndose roto al rey una hebilla de un juego de acero, que habian regalado de Francia á S. M. y leida en mucho aprecio, preguntó á José Cano si podría componerla: respondió este, que no solo promedia componerla, sino tambien hacer unas mejores que las indicadas; y efectivamente presentadas á S. M., quedó tan convencido como lleno de satisfaccion.

Joaquin Celaya ha sido nombrado arcabucero honorario de don Fernando el VI en el año de 1747, y en propiedad en el de 69, y falleció en el de 60; sus obras son dignas de aprecio; la contramarca una águila con flor de lis á la derecha, y un cetro á la izquierda.

José Lopez fué tambien arcabucero de mérito; su contramarca un leon coronado, puestas las dos manos encima de un mundo.

Diego Ventura sacó un discípulo, que fué Benito San Martín.

Las obras de este, aunque merecen estimacion, perdieron bastante por lo que despues se dirá; su contramarca un San Martín partiendo la capa.

Juan Santos sacó el discípulo Francisco Lopez.

Este fué admitido por arcabucero del rey (que está en gloria) don Carlos III en el año de 1764, y jubilado en el de 73; su habilidad y esmero llegaron á la perfeccion que está publicando el aprecio que merecen sus obras en toda

la Europa; puso por contramarca las armas de Madrid, que son el oso y el madroño (1).

José Cano sacó al discípulo Diego Álvarez.

Este fué nombrado arcabucero del rey don Carlos III en el año de 1775: su contramarca un castillo con dos banderas, y en ellas dos flores de lis, y una cabeza de león á la parte superior del castillo.

Joaquín Celaya sacó los discípulos siguientes: Salvador Cenarro, Antonio Gomez y Pedro Ramirez.

Salvador Cenarro fué nombrado arcabucero honorario del rey don Carlos III en el año de 1764, y en propiedad en el de 62; pidió su jubilacion en el de 92, y murió en el de 93. De su habilidad es ocioso hacer elogio, cuando la está publicacion de la confianza que mereció á S. M. y sus serenísimos hijos. Ponia por contramarca un león con un mundo, espada y cetro.

Antonio Gomez fué nombrado arcabucero honorario del expresado monarca don Carlos III en el año de 61, y en propiedad en el de 62; su contramarca un unicornio.

Pedro Ramirez principió á trabajar muy bien en su oficio de arcabucero; pero lo dejó por habérsele proporcionado destino cómodo y decente. Ponia por contramarca una águila con las alas abiertas.

Tambien fué discípulo de Celaya Agustin Bustindui, aunque no desde sus principios, pues siendo armero en Vizcaya, y conociendo que estaba muy corto en su oficio, vino á Madrid á tomar alguna escuela; púsose á la de Celaya, y sin embargo de haberla tomado poco tiempo, logró por su aplicacion ser el mejor fabricante conocido en aquella provincia, en la que dejó varios discípulos que van progresando, segun lo manifiesta el aprecio que sus cañones merecen por su seguridad y limpieza. Del mismo modo que Bustindui pasaron tambien varios fabricantes de llaves de aquel pais á tomar nociones en Madrid, y efectivamente se acercan cada día mas á la perfeccion.

Sebastian Santos sacó al discípulo Pedro Fernandez.

Este dejó el oficio, y pasó á la fábrica de espadas de Toledo, donde murió: su contramarca un gallo.

Gabriel de Algora sacó los dos discípulos Agustin Ortiz y Miguel Cegarra.

Agustin Ortiz fué nombrado arcabucero honorario del rey don Carlos III en el año de 61, y en propiedad en el de 65: murió en el de 74, su contramarca un cisne nadando.

Miguel Cegarra fué nombrado arcabucero del rey don Carlos III en el año de 1768, en propiedad en el de 74, y murió en el de 1783; su contramarca contiene las armas de Madrid, con una flor de lis á la derecha.

Francisco Lopez sacó los cuatro discípulos siguientes: Francisco Antonio Garcia, Isidro Soler, Francisco Targarona y Gregorio Lopez.

Francisco Antonio Garcia fué nombrado arcabucero del rey nuestro señor don Carlos IV en el año de 1788, y mu-

rió en el de 92; ponía por contramarca una cifra, que quiere decir Madrid, con el oso y dragón á los lados, mirando á una corona que está encima.

Isidro Soler, autor de esta obra, fué nombrado arcabucero del rey nuestro señor don Carlos IV en el año de 1792: pone por contramarca dos mundos en medio de dos columnas, con corona ducal encima.

Francisco Targarona fué nombrado arcabucero del rey en el año de 1792; pone por contramarca las armas de Madrid, y al lado opuesto del oso un dragón en igual postura.

Gregorio Lopez fué nombrado arcabucero del rey en el mismo año de 1792; pone por contramarca las armas de Madrid, con siete estrellas, y una corona encima.

Agustin Ortiz sacó dos discípulos Pedro Fernandez y Carlos Rodriguez.

Pedro Fernandez ejerce su oficio actualmente en Madrid; pone por contramarca una águila con dos cabezas.

Carlos Rodriguez, tambien residente en Madrid, pone dos patos nadando.

Miguel Cegarra sacó al discípulo Antonio Navarro.

Antonio Navarro, establecido en Madrid, pone por contramarca un navio.

Diego Alvarez sacó hasta ahora al discípulo Valentin Lopez.

Este reside en Madrid, y pone por contramarca los trofeos de guerra.

Salvador Cenarro sacó cuatro discípulos: Juan de Soto, Carlos Montargis, Manuel Cantero y Hilario Mateo.

Juan de Soto fué nombrado arcabucero de rey en 1783, pone por contramarca un caballo.

Carlos Montargis fué nombrado armero de la real armería en 1792, pone por contramarca las armas de esta villa, cinco estrellas, dos palmas á los lados, y una corona ducal (1).

Manuel Cantero, establecido en Madrid, pone por contramarca un león con espada y cetro, mirando al contrario que el de su maestro Cenarro.

Hilario Mateo pone por contramarca dos leones en ademan de reñir.

Antonio Gomez sacó dos discípulos: Juan Lopez y Ramon Martinez.

Juan Lopez, situado en Madrid, pone por contramarca un perro atravesado por el lomo con una espada.

Ramon Martinez marchó á Indias, y se ignora su paradero, hallándose pocas obras suyas; ponía por contramarca un unicornio con la punta del asta clavada en un árbol.

Isidro Soler ha sacado hasta ahora dos discípulos, Basilio Escalante y su hijo Manuel Soler.

Basilio Escalante trabaja en Madrid, pone por contramarca un castillo con dos escaleras á los lados, y dos banderas encima.

Manuel Soler pone por contramarca dos columnas con el sol encima, y en medio una áncora.

(1) Otro Francisco Lopez ha sido arcabucero en Salamanca, cuyas obras no admiten la menor comparacion con las del anterior; tienen encima de la marca la contramarca, que es un león de cola muy delgada con las manos levantadas, y corona en la cabeza.

(1) El padre de este, tambien llamado Carlos, ha sido grabador en Madrid con alguna inteligencia de arcabucero, y su bisabuelo Miguel fué igualmente arcabucero en tiempo de Luis XIV, rey de Francia, lo que prueba la antigüedad de esta familia en el referido arte.

MARCAS Y CONTRAMARCAS DE LOS ARCABUCCEROS DEL REY QUE HUBO EN MADRID DESDE 1684 HASTA 1793.

(1) Juan Belen.	(8) Gabriel Algora.	(15) Salvador Cenarro.
(2) Nicolás Bis.	(9) Sebastian Santos.	(16) Francisco Antonio Garcia.
(3) Juan Fernandez.	(10) Diego Ventura.	(17) Diego Alvarez.
(4) Matias Baeza.	(11) Francisco Lopez, reservado.	(18) Juan de Soto.
(5) José Cano.	(12) Antonio Gomez.	(19) Isidro Soler.
(6) Francisco Bis.	(13) Agustin Ortiz.	(20) Francisco Targarona.
(7) Joaquin de Celaya.	(14) Miguel Cegarra.	(21) Gregorio Lopez.

4

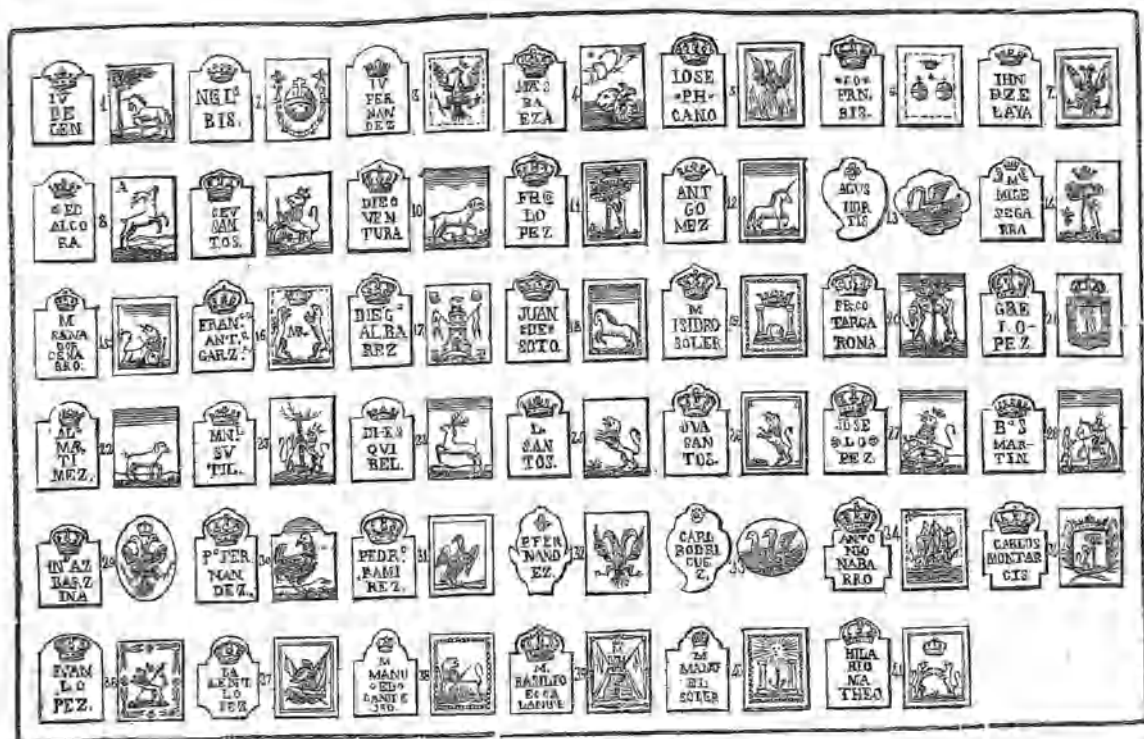
MARCAS Y CONTRAMARCAS DE LOS ARCABUCCEROS DE MADRID QUE NO HAN SIDO DEL REY, PERO CUYAS OBRAS SON DE MERITO Y ESTIMACION.

(22) Alonso Martinez.	(26) Juan Santos.	(30) Pedro Fernandez.
(23) Manuel Sutil.	(27) José Lopez.	(31) Pedro Ramirez.
(24) Diego Esquivel.	(28) Benito San Martin.	(32) Pedro Fernandez.
(25) Luis Santos.	(29) Ignacio Garcia.	(33) Carlos Rodriguez.

- (34) Antonio Navarro.
- (35) Carlos Montargis.
- (36) Juan Lopez.

- (37) Valentin Lopez.
- (38) Manuel Cantero.
- (39) Basilio Escalante.

- (40) Manuel Soler.
- (41) Hilario Mateo.



LOS PRETESTOS.

Los pretestos, son la hipocresia del interés, del sentimiento, de la necesidad, de la opinión.

En amor son algunas veces encantadores los pretestos; cuando se trata del dinero, suelen ser innobles; en política hay ocasiones en que son terribles.

Las mujeres tienen siempre pretestos que por lo regular no suelen ser otra cosa que caprichos calculados. Un baño es casi siempre un pretesto para las mujeres bonitas que salen por la mañana.

La religión es frecuentemente el pretesto de la devoción. La economía, de ordinario, es el pretesto de la avaricia.

La guerra es muchas veces un pretesto provisto de metralla.

El amor sirve á menudo de pretesto á la galantería.

La libertad suele llegar á ser con el tiempo el pretesto del despotismo y de la anarquía.

La legalidad misma puede servir de pretesto á la iniquidad.

La diplomacia es el grande arte de explotar con talento los pretestos de la política.

En el fondo de casi todas las conquistas hay un pretesto.

En las revoluciones de los pueblos hay siempre una causa legítima, un principio, una idea; pero la mayor parte de las revoluciones suelen estribar en un pretesto únicamente.

Bajo pretesto de defender á sus clientes difaman los abogados á sus adversarios.

Bajo el pretesto de que nada cuestan, hay mujeres que arruinan.

Bajo pretesto de favorecernos existen amigos que nos deshonran.

En casos determinados se convierte una mujer en pretesto del egoísmo de su marido. ¡Cuándo ha respondido un marido á un amigo: *Es mi mujer la que tiene la llave del*

dinero! dejará morir á aquel amigo de hambre por faltarle un real de palta.

Cuando no se tiene derecho á una distinción, á un empleo, á una plaza, se puede llegar á obtenerla con un pretesto.

La cosa mas bella del mundo puede servir de pretesto á las acciones mas infames, chocarreras ó ridiculas.

Desdichados nosotros que tantos pretestos ruinosos, para el país, damos con nuestras civiles disensiones.

EL COMPADRE.

Al promediar la noche y con nublitos mas negros que mis pecados, en cierta villa del ojito negro de España, mas tomados del vino que de la cólera, brincaban fronteros dos bravos de pellico unarteleño y sombrero entre poniente y levante. El uno lucía en la derecha mano brillante alfiler de Santa-Cruz, y con la siniestra rebozada en los duros pliegues de una nube burda de ovanos; estaba al quitar de un guadifeño como del hombre á la mano, que graciosa-mente manejaba el contrario con mas elegancia y soltura que su peñola los escribas en negocio de rico.

Brincaban, decíamos, haciendo firmas con los pies y eses con el rosario del espinazo, y dirigiendo diestramente las herramientas por el camino mas corto hácia los ventriculos y demas partes vulnerables de sus corporaturas. Y no tenían ociosa la *sin-hueso*, antes bien acompañaban sus *fabeques*, vueltas y cortes con sendos adverbios y vociferaciones de las mas punzantes y usadas en nuestro idioma.

El eco y retintin de estos coléricos desahogos despertaron á la tía Mágina, á Toña la quinquillera y á Frasca la del escribano, vecinas de aquel solitario arrabalejo, y con ellas, por el mismo reclamo atraídos, comparecieron en el audito de la calleja, mas por contrapuestas vías, dos mo-

zos de un lado y un ternejal del otro, que formaron ringla de batalla favoreciendo al que les tocó por delante. Los dos uzevos de afende venían pertrechados con estacas de nudoso almendro, y el ternejal lucía una *almorada* de regazo dentado y punta tomada de verbos malignas, tan larga y afilada, que pudiera pasar por aguja de esterero ó por herramienta moisca.

Frente á frente y mano á mano diéronse á reñir los cinco con tanta furia y desentono, que á no ser por la oscuridad de las tinieblas de la noche, pronto fuera el esquinazo teatro de mortandades; pero como la tía Mágina sacase un candil, buscáronse el bullo los más pegajosos y se tejó la mas rica tarea de linernazos, pasos, hurtamientos, *pinjadas*, *viages*, coces y palabras mayúsculas. Ni las voces de ¡la justicia! ¡tu justicia! que daban Toña y la escribana, ni el candil de la Mágina que vino á caer sobre los combatientes, con su añadido de aceite y pabilo, fueron bastantes á suspender la quimera, que tomó nuevo giro con la aparición del alcalde y su ministro.

Quisieron estos disolver la asamblea con el uso recomendable de sus bastones de jurisdicción, que así eran de encina como lijo yo de mi madre; mas el mulo sobre cojo y tuerto de un ojo respondía con las herraduras, y la genticilla del reñidero se vino toda sobre el brayo monterilla y su adlátere sin respetar los prenácticas de las leyes. Con semejante entuerto aumentóse el griterío, el blasfemar, las resueltas evoluciones, los ayos, el son de los badajazos y paradas. Juraban y maldecían los combatientes, demandaba ¡favor al rey! el alcalde y su alguacil, chillaban la escribana, la Toña, la Mágina y la vecindad en redondo; alguacil de piratas argelinos ó sedición por hambre parecía el caso por lo intrincado, y visos no llevaba de tenerlines.

Otra cosa dispusieron los cielos divinos.

Por la encrucijada de lo hondo venía con reposado andar un hombre panzudo, con sus tres *decinueves* de años, que metiendo su abultada persona entre los de la lidia dijo sin alterarse.

—Quede aquí la cosa, que ninguno es mas que ninguno. Guarda Tobalo el limpia-dientes. Recoger vosotros las capas. Limpíate Juilon esa boquera. Y póngase en razon el señor alcalde luego que repare el castoreño.

Obedeció el universo mundo como si mandase el rey en un entremés antiguo; solamente el alcalde repuso con la voz temblorosa del airado.

—Compadre: en la cárcel han de dormir por esta vara que el rey me dió.

Los mozos apretáronse de nuevo.

—Quieto el mundo, que su mercé está en la razon; pero como no hay ley sin privilegio... el caso, pues... basta y sobra que yo me haya entrometido para que el señor alcalde dé su brazo á torcer, y esto quade entre nosotros sin que haya perjuicios de papeles... y... salud.

—Compadre: ni el general Ballesteros con su columna me corta el revés de esta prision... V. lo promedia y no se habla mas.

—Muchachos, se acabaron las desazones, que los hombres no se pierden por quitame allá esas pajas. Cada cual á su cueva y sin tropezar en falso; que lo igo yo. Guarda tú ese chisme; andan las cosas de manera que por dos dados mas en una herramienta echan á un hombre á presidio. Ponte una poca yesca en esa cara. Buñate con aguadiente almorforado el ojo. Buenas noches, caballeros. Tía Mágina, chiton.

—Compadre qué V. compañía, porque todos... porque pues...

—Vólase solo... al avío.

Sin mas ni mas, disolvióse la hueste y cada cual fué á ponerse bajo el ala de su tejado, y á reparar el daño recibido.

¿Quién era este hombre tan autorizado como obedecido?

El *COMPADRE!!!* tipo prodigiosamente multiplicado en todo el ámbito del canastillo de flores que llaman Andalucía: amigable componedor en las contiendas, testigo de primicia en los repartimientos y en la adjudicación de bienes proconales, delantero con su escopeta en las guerrillas levantadas para defender la independencia nacional, los derechos del lugar ó los depósitos de contrabando, consultor perpetuo en enfermedades de toda laya de animales *siquer* racionales ó irracionales, asesor en las litis, mayordomo del santo y con mucho boato y decoro, temido y contemplado por gente enamorada de lo ageno, rara vez

alcalde, pero dominador del barrio si se exceptúa y aparta su deslenguada esposa.

Sirvió en granaderas provinciales ó en la caballería, vino al pueblo y nunca se dió á valentías, aunque dicea malas lenguas que trabajaba en el matute de la carne ó del agardiente y traía sus cargas de la Plaza. Trató en este ejercicio con caballistas y gente de camino, tropezó en el lugar y tuvo que largarle una mojada al mozo de mas fachenda; ya se vé, en estos azarosos tiempos los hombres andan de una conformidad que en sintiendo por el pecho media cuarta de acero se caen muertos como alféngues. Nuestro hombre se entarimó en la sierra y por envidia de un poltro cordovés dieron los caralíneos en su seguimiento hasta que lograron poner su carga en pública venta y su persona á la sombra de un calabozo.

Se antó al relator y al abogado, se atestiguó en falso, comió el escribano y el subdelegado, hubo embrollo para días, y al fin el compadre vino á dar con su cuerpo en Africa.

En la cárcel y entre la gente maleante del presidio, no alzó el gallo, ni tramó pinturas; mas como andaban escasos los intereses y el hombre no es cambleon que del aire se mantiene, rebentó de una patada á un negro que cobraba el barato desde tiempo inmemorial en Aluceñas y su ruedo, y halló así algun desahogo. Generoso, eso sí, no se vela miseria por su lado. Cantaba á la guitarra que no hay mas vez, y esto le valió la libertad, pues una hija negruzca y libidinosa del comandante de la plaza dió en escuchar las tonadas planideras del preso, y luego quiso verle la cara, que era muy bien proporcionada, con ojos ardientes y grandes como tazas. La niña querenciosa y el hombre que atisó luz de libertad tras de aquel espantajo, lincó el hombro, se dió á perros, hubo lio y nuestro compadre se engalanó con botanadura de plata, cañales morunos y faja tuneel.

Mas habiendo logrado ver prisioneras en su bolsillo de jobo marino tres doradas como tres soles, tomó sin enterar á su lado la costa de Tarifa y no paró hasta su pueblo, donde vive hace veinte años ayudado de una labor con dos pares que le trajo en dote la comadre.

El compadre es reposado en el andar, en el decir un tanto oriental, y grave en toda la compostura de la persona. Si tose tiemblan los mas renegridos de alma, y si manda los pregondados se entregan. Su casa es el amparo de los pobres.

—Compadre que no hay trabajo.—Que mi morio no tiene trigo para sembrar.—Que el zurdo está desaviao.—Que me han quitado la burra en el ramblar.

—Ve á casa de don N. y que su mercé te dé trigo y un marranillo.—El administrador del duque te pondrá cincuenta pesos en el cortijo de las Albarradas con esta esquela mia.—Toma tú una cuartilla de garbanzos y vé mañana á las heras por la borrica.

Ninguno de estas usias desahijende tales mandatos: de lo contrario, que no asome orejas suyas por el pueblo, ni corte mieses, porque allí están los caballistas cuando menos se piensa y habrá talas y rescate.

¿Quiere V. comprar poltros? Lleve V. el compadre á la feria y lo mejor del mercado vendrá á sus plantas, como si fuera rey absoluto.—¿Le enganaron en una bestia?—Llame V. al compadre y oirá lo que es bueno.

Se acerca nuestro héroe, recoge al gitano y le dice con acción expresiva y teniendo al frente el cuerpo del delito.

—Este jaco le sirvió á Noé para andar por el barro cuando su mercé salió del arca...

—Compare, mirele V. la dentadura: hombre si es un angelito, pues no faltaba mas sino que al señor...

—Los dientes están limados y entodavía se puede sacar de ellos un Cristo de cuerpo entero.

—Pero compare ¿no hemos de vivir?

—El señor es un amigo y aquí queda esto... trae la torquilla murciana... dará seis pesos encima... y tú dale corriente á ese Vigotín de murga.

Al pie de la letra como lo dice se hace, y entidado que el gitano es un temeron.

Hay cantares, rerrion y fiesta en casa de la comadre y se apatece como llovido el hijo del duque, ó el sobrino del cura y como el pollo es Lovelace se mete en el haza de patas y quiere soplarle la moza mas garhosa del ruedo á Trigueros, jaque de chapa; pero este no quiere bronquis, porque el compadre es un hombre y se ofenderia su mercé.

Se enteró nuestro héroe, y guiñando el ojo contó aquello de

Quando un probe quiere á una
y un rico se le atraviesa
lo mejor que jase el probe
es romperle la cabeza.

El usía lo entiende y despeja ó viene el mas soberano de los bronquis que vieron los cielos.

Se supone que el pueblo entero le llama compadre con razon, pues ha sacado de pila un niño en cada casa, regalando su gallina para la parida y su manteguelo para lo nacido, por esto como á padre le consultan en sus casos y cosas.

—¿Qué hágo, compadre, con estos papeles que me han dado por el pago de la destrucción de paja y cillios?...

—Guarda esas cartas mas que los mandamientos.

—¿Tomó licencia de escopeta?... las cosas... andan malas y los civiles...

—Llévela siempre con comida de postas en el vientre y á vivir, que las licencias no son mas que sacallías.

Pues ¿y relatar una campaña?... Con la boca abierta se quedan viejos y niños.

En fin, es hombre de ingenio claro y de valor mucho, por eso domina y sobresale en esta nuestra sociedad española, que conserva á pesar de pesares como rasgo característico el individualismo de las razas salvajes y nómadas.

J. JIMENEZ SERRANO.

ANTES QUE TE CASES MIRA LO QUE HACES,

PROVERBIO

ó cuento que no parece á una historia.

Juan Anvil nació en Inglaterra, de un padre que tenía muy poco, y de una madre que jamás había poseído nada. Cuando ya grandecito, empezó vendiendo naranjas de Portugal á un *penique* (1), y tantas vendió, y tanto ganó, y tanto ahorró, que se metió á embrollar en varios comercios, y llegó al fin á ser opulentísimo capitalista.

El padre de Juan Anvil era trapero, y solo dejó á su hijo cuatro pingos por herencia; pero Juan Anvil, ya rico, compró mas trapos, y una máquina, y una casa; y con la casa, la máquina y los trapos, fundó una fábrica de papel, y aumentó su capital, ya muy crecido.

«Poderoso caballero es don dinero», ha dicho Quevedo; pero, antes que lo dijera nuestro ilustre poeta, ya lo sabían los ingleses, por lo que, convencidos de la nobleza de las pesetas, honraron á nuestro héroe con título de *caballero*, lo que le procuró el inefable placer de ser admitido en los salones de la aristocracia, y de prestar algunas cantidades bastante considerables á los *Gentlemen* mas encopelados de Londres, que á porfía le honraban pidiéndole á menudo les adelantasen dinero, y no pagándosele jamás.

Por lo que ya va dicho, habrá adivinado el lector perspicaz que era Juan Anvil hombre de pró; fáltanos añadir que, aunque ya *caballero* por la gracia de sus *schillings*, no por eso se había envanecido, ni humillaba á los que, menos ricos que él, se hallaban imposibilitados de gastar y triunfar... y llevar peluca empolvada; aunque, si se le creía á sus biógrafos, tanto estimaba su título que diz haber un día puesto un pleito á su tío, al verdadero hermano de su padre, por haberse este buen señor olvidado de poner la palabra *Knight* (2) delante de su apellido en el sobrescrito de una carta que la dirigió.

Sin embargo, debe ser esto una calumnia, pues nos consta que el caballero Anvil sabio vivir con todo el mundo, y que era hombre de gran título. Verdad es que á veces se rascaba las pantorrillas en medio de un salón, se metía los dedos en las narices hablando con las señoras, plantaba su sombrero sobre la cama de todo el mundo, y que jamás se cortaba las uñas; verdad es que fumaba en

pipa por los paseos, bebía vino en las tabernas, y se embriagaba como un simple alguacil, sin desdeñarse de andar á puñetazos con su lacayo; pero aparte estos *defectos*, era Juan Anvil un caballero cumplido y generoso en extremo, y nos consta que llegó á dar á su ayuda de cámara hasta treinta y dos cuartos de aguinaldo el día de Navidad.

Mas no obstante su generosidad, sus buenos modales, el mucho dinero que prestaba á los estafadores de alto bordo que le favorecían con su confianza, y su inmensa fortuna, y su título de *Knight*, era el buen Juan Anvil muy infeliz.

—¿Para qué me sirven mi título y mis riquezas? se preguntaba el inquieto caballero. Yo no soy ambicioso, pero soy rico, soy noble, tengo alguna gracia y peluca empolvada.... ¿Qué me falta para ser feliz? añadía.

Dióse un puñetazo en la frente y exclamó:

—¡God-dam! ¡ya sé lo que me falta!

Y con tono solemne añadió:

—¡Una muger! Eso es, continuó; una muger, una esposa adorada; pues solo cuando la tenga podrá decir á mi mayordamo cada vez que venga á turbar mi reposo:

—Pregunta eso á tu señora; vé lo que dispone la señora; haz lo que guste la señora....

Y prosiguió nadando en su propia vanidad como un ganso en el agua.

—¡Eso sí que me dará tono!... me voy á casar.

Se asegura que, imbuido en la idea de casarse, pasó el caballero Anvil cerca de tres horas sin beber vino, y mas de dos sin chupar su pipa, lo que en él indicaba un gran trabajo de imaginación; pero se decidió por fin. Tomó el sombrero; se aliñó la peluca; salió de casa, y se fue á ver á un casamentero de los muchos que hay en Londres, y que, mediante una comisioncilla de 5 por 100, casarán al gallo de la pasión con la burra de Balsán.

Llegó por fin el caballero Anvil al chirivivil que habitaba el casamentero y le habló como sigue:

—«Señor casamentero, me quiero casar. Necesito una mujer que gobierne mi casa y se muera por mí. Búsquemela V., y, cuando la haya encontrado, déme aviso si estoy en Londres, y si me hallare ausente espídamela por la vía mas corta, bien condicionada, asegurada y con la competente factura de gastos, que pagaré á la vista, salvo el caso de averías; caso en que, como se usa entre honrados comerciantes, abonaré una cantidad razonable por indemnización y por perjuicios causados, etc., etc.»

Tomó en seguida un polvo en la caja que le presentó abierta el casamentero, arreglóse el peluquín y continuó:

—Yo soy de fácil contentar y no pido para esposa una mujer perfecta; bastará que la que V. me envíe sea jóven, bonita, amable, bien criada é instruida, y que en sus venas circule sangre noble.

—Y que lleve buen dote; añadió el casamentero.

—El dote importa poco; replicó hinchándose de orgullo el buen Anvil; barto rico soy yo, lo que me hace falta es una mujer digna de unirse á mí. Asi pues, no se hable mas del asunto y quedése con Dios.

Y diletado y haciendo, tomó el caballero Anvil su bastón, se caló el tricorno y volvió á su casa muy satisfecho de lo que en su mercantil lenguaje llamaba «una bien planteada operacion.»

El tercer día despues de la visita de que acabamos de hablar, se presentó en la antecámara del caballero Anvil uno de esos avechuchos vestidos de negro y asaz mugrientos, que andan siempre revoloteando alrededor de las cárceles, en las vicarias, en los entierros; uno de esos animales que, aunque creados á la imagen de Dios, son mas feos que un demonio; uno de esos hechos con acartulinada y macilenta cara, ojos hundidos, cejas cerosas, manos gortiformes, estatura entre asnal y eigueñuna; una de esas lepras sociales, que, so pretexto de *agenciar negocios* siembran en las familias pleitos y desolaciones, con el sórdido objeto de chupar algun real.

El ente cuyo retrato precede, se llamaba *Mistér Chupón*, y era nada menos que el casamentero á quien el caballero de Anvil había encargado la buscase una digna compañera de sus días.

—¿Está el caballero Anvil visible? preguntó *Mistér Chupón*.

—Está; le fué respondido por uno de esos enormes bipedos que con título de porteros de estrados se vé todo

(1) Dos cuartos.

(2) Caballero.

gran señor obligado á vestir, calzar, mantener y pagar para dormir, murmurar de todo ser viviente, y fastidiar á todo fiel cristiano que tiene la desgracia de rozarse con ellos.

—Pues bien, continuó *Mister Chupon* con ufana voz, pase V. recaído á su señor y dígame que desea hablarle *Mister Chupon* su agente de bodas, entierros, bautizos y otros negocios de la misma moralidad, con privilegio del señor constable de policía.

—Que pase adelante, gritó el caballero Anvil que desde su gabinete había oído la voz del mencionado avestruz.

—Y bien ¿qué hay de nuevo? preguntó el enriquecido trapero.

—Hay, excelentísimo señor, que he descubierto un verdadero tesoro, una mina insagotable de felicidad, un encanto de mujer:

—¿Bonita? preguntó el caballero relamiéndose los labios.

—Como un saco de doblones! respondió el agente.

—¿Amable? continuó preguntando Anvil.

—Como un pleito ganado, replicó *Mister Chupon*.

Regodeose el buen caballero á manera de pavo que hace la rueda y añadió:

—Supongo que será noble!

—¡Noble! exclamó el corredor de himeneos alargándosele al mismo tiempo la cara mas de seis pulgadas; ¡noble! es nada menos que hija de una camarera de la esposa del ayuda de cámara de uno de los descendientes del rey Arturo. Verdad es, añadió el oficioso agente, que su nobleza es femenina; pero eso es mejor que si fuera masculina, puesto que siempre puede asegurarse que la madre es... la madre....

—Basta, dijo gravemente el buen caballero Anvil; hablémos de la escritura matrimonial.

—La escritura matrimonial es lo de menos, monseñor, replicó el alagartado agente; eso de la escritura es negocio mío; y si vuecencia se dignase concederme un momento de audiencia, pudiera leer á vuecencia el borrador que he redactado inspirado por los modestos deseos de su respetable futura esposa.

—Veamos ese borrador.

Calóse *Mister Chupon* las gafas, sacó del bolsillo de su mugrienta casaca un legajo de papeles y, con voz entre grave y gangosa, empezó la lectura del borrador susodicho en los términos siguientes:

Ante nos, infrascrito y testigos, comparecieron el caballero de *En-Ville*....

—Perdone V. señor infrascrito, interrumpió el futuro, yo no me llamo *En-Ville* sino Anvil.

—Eso bien puede ser repuso el agente; pero *Miss Pride* (1) desea cambie vuecencia su nombre de Anvil por el de *En-Ville*, siendo esta última apelacion francesa y, por consecuencia mucho mas elegante que un nombre nacional.

—¡Ah! siendo esa la causa, prosiga V. leyendo.

Y el rapaz avestruz continuó:

—Comparecieron el caballero de *En-Ville*, propietario y del comercio de esta noble ciudad de Londres y en la cual tiene su morada, Hanover Square.

—¡Pero hombre ó demonio! exclamó impacientado el caballero Anvil; ¿qué está V. diciendo? Yo no vivo en Londres ni quiero vivir en semejante Babilonia.

—Ya lo sé, contestó con mas calma que un prior de carmelitas, el agente matrimonial, y añadió: *Miss Pride* exige que venga V. S. á vivir á la corte, en Hanover Square, por ser esta última plaza el solo barrio de la Gran Bretaña digno de albergar á su noble descendencia y al esposo que ella escoja.

—¡Ah!... Si para obrar como noble se necesita habitar en Hanover Square, prosiga V.

Y continuó leyendo el corredor de himeneos.

—En Hanover Square, y *Miss Pride* cuarta hija legitima del honorable *Adam Pride* y de *Sarah Pride*, ex-camarera de la ex-esposa del ex-ayuda de camarera, del Lord Malbouroug (alias Mambrú), descendiente del ex-rey Arturo, por parte de madre, los cuales *comparecientes* declararon querer contraer legitimo matrimonio bajo las estipulaciones siguientes.

ARTICULO 1.º El caballero *En Ville* reconoce y declara haber recibido, como dote de su futura esposa, la cantidad de 200,000 libras sterlinas.

—¡Ola! exclamó deslumbrado Anvil con tan rollizo dote; ¿tan rica es mi futura?

—Nada de eso, replicó gravemente el agente infernal; la futura no posee un solo penique. (1)

—¿Y quiere V. que yo reconozca haber recibido tan enorme cantidad?

—Seguramente, pues solo obrando así prueba V. E. su nobleza y pasa por un caballero cumplido, digno de....

—Bueno, bueno interrumpió el ex-trapero; si eso me ennoblece no hay mas que hablar.

—Añádase que obrando así, insinuó el agente, si por desgracia llegase V. E. á quebrar....

—¿Yo quebrar!

—Eso, añadió con la mayor pachorra el agente, no es deshonra en el dia, comerciantes muy honrados conozco yo que vivieron con sus trabajillos mientras pagaron regularmente, y que no han gozado de ninguna de las comodidades de la vida hasta que tuvieron la excelente idea de quebrar y retirarse á vivir con sus rentas en paz y en gracia de Dios.

(Se concluirá).

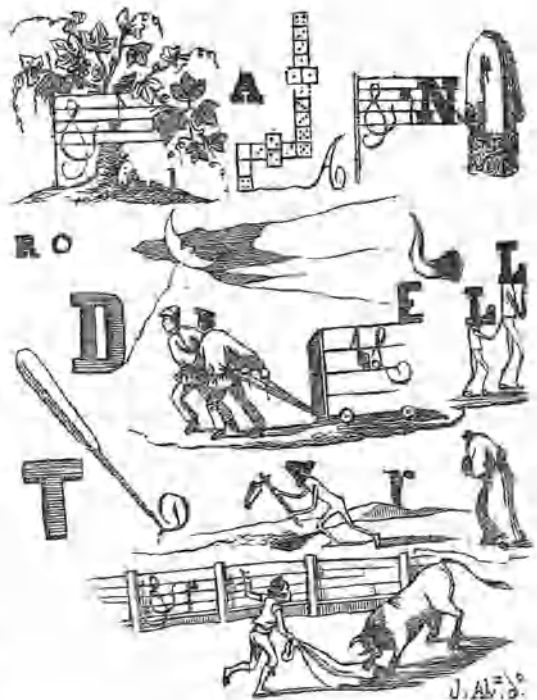
MANUEL LUCIFER.

(1) Dos cuartos.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

El jueves de la semana última, salieron de Madrid los números del primero al sexto del SEMANARIO, ambos inclusive, que por tercera vez se han reimpresso para servir á los suscritores nuevos que de ellos carecían. Los que no los hayan recibido aun, deben reclamar á vuelta de correo, en la inteligencia de que despues no se atenderá ninguna reclamacion de ellos.

GEROGLIFICO.



Dirección, Redacción y Oficina calle de Jacometrezo, número 26.

MADRID. EN VES 2 rs. seis 20. EN AÑO 24.—Librerías de Pereda, Cuesta, Montes, Martín, Isidoro, Gaspar y Saig, Peupart, Valls y la Publicación, litografías de Peláez y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres reales 10. Seis 20.—Remitiendo una libranza sobre correo franco de portar, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, ó en las principales librerías.

(1) Orgullo.